

ANTONIO GARCIA VERDUCH

Insatisfacción

Satisfacer es conseguir el objeto de las aspiraciones o deseos. Una persona satisfecha es aquella que tiene lo suficiente para cubrir sus necesidades, para realizar sus deseos o para lograr sus aspiraciones.

Expresando lo anterior de un modo más sintético, podríamos decir que está satisfecho aquél que tiene lo que desea, o lo que es igual, el que se conforma con lo que tiene, porque lo juzga suficiente. Existen, pues, dos niveles: el nivel de lo que se tiene, y el nivel de lo que se desea. Cuando estos dos niveles coinciden, se alcanza una satisfacción plena y, por el contrario, se siente insatisfacción cuando se tiene menos de lo que se desea. Como es lógico, la insatisfacción crece a medida que se separan esos dos niveles, y la diferencia entre ambos puede, muy bien, definir el grado de insatisfacción.

Analicemos brevemente ambos conceptos. Lo que se tiene no puede aumentarse, honrosamente, más que con el esfuerzo del trabajo o por algún lícito acontecimiento de buena fortuna. Lo primero es fatigoso, y lo segundo improbable. Por el contrario, el nivel de lo que se desea puede elevarse o reducirse mediante un simple acto de voluntad. Basta con cerrar los ojos y abrir la imaginación.

Veamos ahora otro aspecto. La insatisfacción crea un estado de tensión anímica. La persona insatisfecha vive inquieta, desasosegada y angustiada, mientras que la satisfecha vive en paz.

La insatisfacción, cuando es moderada, es deseable porque constituye un estímulo para vivir plenamente una vida activa, fructífera e ilusionada, pero cuando es desorbitada es terrible, porque se convierte en un aguijón lacerante o en una niebla densa que ciega los ojos y oscurece las mentes. Las personas laceradas, nubladas u ofuscadas por una insatisfacción exagerada, son muy desgraciadas y, además, muy peligrosas, porque tratan de lograr sus fines a todo trance, y por cualquier vía, aunque sea prohibida. Son personas que han descubierto enseguida que, mediante el trabajo honrado, jamás llega-

rán a satisfacer sus exageradas aspiraciones.

Cuando se cierra la única salida razonable, que es la del trabajo honrado y, al mismo tiempo, se persiste en mantener unas aspiraciones desorbitadas, no quedan otras salidas que aquellas que conducen al abismo, tales como: a) Aferrarse ciegamente a los juegos de azar. b) Enredarse en negocios oscuros o en operaciones económicas fraudulentas. c) Hundirse en la desesperación. d) Odiar a una sociedad que no le da lo que parece ofrecerle en abundancia. e) Buscar paraísos irreales por la vía de la droga. f) Lanzarse abiertamente por el camino de la delincuencia. g) Prostituir sus cuerpos o sus mentes. h) Prestarse a realizar funciones indignas y despreciables.

En nuestra sociedad actual ha proliferado, hasta límites preocupantes, la población insatisfecha que se ha lanzado por unos u otros de los caminos espinosos que acabamos de enumerar.

Las causas profundas de este envejecimiento de la sociedad no son muy difíciles de detectar. Está claro que se ha producido una depreciación de los valores espirituales, y una apreciación de los valores somáticos. El hombre de nuevo estilo ya no busca el bien, en general, sino el suyo propio. Busca el placer.

Y sobre esa base moral se instala una cultura del consumismo que -con todo lujo de detalles- instruye a las gentes sobre los diversos modos de hallar más placer. Todo lo demás es ya una pura consecuencia. La obligación de trabajar no da placer y, por tanto, no es una opción atractiva. Si se trabaja poco no se puede aspirar a ganar mucho y, en consecuencia, se tiene poco. Y así resulta que el nivel de lo que se tiene resulta bajo.

Por otra parte, la cultura consumista y la ausencia de escrúpulos morales lleva, inexorablemente, a desarrollar un elevadísimo nivel de aspiraciones. La diferencia entre ambos niveles se manifiesta como un alto grado de insatisfacción. Y esa excesiva insatisfacción abre las puertas de los tristes caminos que hemos enumerado anteriormente.